

AIRA, César, *Los últimos días de Nostradamus*, Rosario, Neutrinos, 2022, 66 pp.

EDUARDO D. ALONSO

Universidad Católica de Córdoba
eduardo.alonso@ucc.edu.ar

A diferencia del resto de la obra de César Aira, *Los últimos días de Nostradamus* no está fechado al final por el autor, sino que posee una leyenda al estilo de un colofón: “se terminó de componer en Rosario, Argentina, en septiembre de 2022”. Se trata de un detalle inusual pero no de un misterio inescrutable. En lo que respecta a las primeras palabras del título, es decir, *Los últimos días*, guardan relación con lo que se afirma sobre la edad del personaje: “a la altura de los sesenta y dos años” (41, 42). Se sabe que Nostradamus murió antes de haber cumplido los sesenta y tres años, en 1566.

Como personaje, el Nostradamus de Aira es “un devoto del Tiempo” (54) que vive en un eterno presente (55); por ende, estos almanaques o viñetas no se pueden fijar en un espacio y un tiempo determinados, sino que se trata de palabras etéreas, ambiguas, distópicas, casi como si emergieran de un “grimorio” (uno de los sustantivos que más se repite en el texto y cuyo significado es “libro de fórmulas mágicas usados por los antiguos hechiceros”).

Como es natural en el autor, el objeto libro no es ajeno al mundo creado que contiene, de ahí que el colofón admita tanto su afirmación como su negación. Como afirmación, dice algo acerca de la culminación de las labores de los editores; como negación, dice algo sobre la terminación del acto de escritura, aunque de un modo que al lector de Aira le suena como a un “falso” Aira, un Aira que se hace pasar por Aira, pero no es Aira, es un *impostor*. La máscara monstruosa que nos hace imaginar al autor sentado a la mesa de un café de Flores escribiendo (Juan Hernández realizó el arte de tapa), cuadra en todo con él: la postura, la mirada distraída hacia un costado, la ventana abierta, solo que del otro lado de la lupa se nos devuelve un rostro que no es el rostro de Aira, es el rostro del Otro, quizás del Mal. El Monstruo, el desprendimiento desfigurado de un procedimiento análogo al de Raymond Roussel. El escritor argentino escondido detrás de la fachada legendaria, carnavalesca, del adivino francés. Porque si es verdad que Nostradamus fue un alquimista, la alquimia es un procedimiento para trocar lo no valioso en valioso y, en eso precisamente, se parece a la Literatura (Cf., 15, en donde traza el paralelismo entre alquimia y metáfora) dado que también se nos dice que Nostradamus se creía escritor y, especialmente, “se consideraba un poeta” (60).

¿Quién es el Nostradamus de César Aira? ¿Es el personaje mágico de la leyenda histórica en torno al boticario Michel de Nôtre-Dame o es el mismo César Aira? ¿No se tratará aquí de un discurso que continúa la reflexión de *El panadero*? ¿Hay más

invención que realismo en el Nostradamus de César Aira o, por el contrario, no hay casi nada de invención? ¿Se trata de un realismo autobiográfico en el que este conjunto de viñetas hace coro con todo el resto de la Obra? ¿Cómo está tratada la Obra en este aparentemente espontáneo soliloquio? ¿El libro hace las veces de un grimorio para recuperar la juventud perdida y, con ella, la creatividad?

Cuando la *atención* aparece como lo más importante (11); cuando la tematización del Tiempo (31), de la Historia (55), del Pensamiento unido a la Literatura, al juego y al lenguaje (58) y, sobre todo, el tópico de la utilización del *tiempo libre* (46), por nombrar solo algunos rasgos, el lector concluye que Nostradamus es César Aira, el mismo César Aira de *Prins*, el mismo César Aira nostálgico de la juventud perdida (26, 47) que también aparece hablando *En la Confitería del Gas*. El mismo que hace un guiño al lector nombrando “Las Pastilla Rosa” (53) de la pequeña novela *La pastilla de hormona*. El mismo que prueba nuestra atención cuando injerta “la lámpara Lux” con “pabilos bañados en bronce” (65) en clara alusión a la lámpara de Aladino, historia del siglo XI sobre la que se basó en 2017 para pronunciar una conferencia sobre el realismo en literatura, invitado por la cátedra Bolaño de la Universidad Diego Portales, en Santiago de Chile.

El problema con un escritor genial no es que “se la hace difícil al lector”, como lo clasificó cierta crítica elemental que echó mano de una patología de cuño freudiano que no voy a transcribir aquí. El problema con un escritor genial es que su Literatura adquiere la densidad de la Vida; por lo tanto, se hace necesariamente inaprensible e iridiscente.

En algún sentido, el Nostradamus de César Aira no es una novela. ¿En qué sentido? En que sus dieciocho cortos capítulos están ordenados alfabéticamente y que, de manera magistral, la invención se va escondiendo mínimamente detrás de la historiografía o, lo que es lo mismo, el montaje de la imaginación no es preponderante, lo cual constituye otro hecho atípico en el autor. Además, el rigor histórico que posee este libro es encomiable; es evidente que contiene información obtenida de varias fuentes fidedignas acerca de la vida de Michel de Nôtre-Dame. Por lo demás, si nos atenemos a lo que el mismo Aira dijo en la citada conferencia, “el realismo en la novela es el registro de la ocupación del tiempo”, aquí estamos frente a la carencia de dicho registro diacrónico. El libro no es una novela y, de serlo, no es una novela realista. Entonces, ¿qué es?

Si apuntamos al final —con o sin Frank Kermode— estamos frente a una forma elaborada de *nouvelle* porque los finales de Aira acontecen cuando se agotan las peripecias o bien cuando la articulación de todos los subtemas comienza a padecer indigencia anticipatoria con respecto a la resolución del *tema*. La tensión proléptica, la espiral de digresiones y el juego de procrastinaciones intermitentes, constituyen el ritmo habitual del *tema* en la novelística de Aira. En ese marco, hay por lo general un rechazo programático al dibujo psicológico de los personajes; más bien, éstos aparecen apenas delineados como en un cuento de hadas.

Reseñas

La inclusión del adjetivo “prolífico”, que a César Aira lo fastidia cuando la crítica especializada se lo aplica (18); Nostradamus haciendo “una poesía clara y precisa sin adornos superfluos” (62); Nostradamus *lento* dado que “el Tiempo se quería lento, porque eso había hecho lento a su operador más hábil” (64) tal como en la realidad el escritor César Aira escribe muy lentamente día tras día; el abordaje de la *frivolidad* como la *pose* del escritor no comprometido con la accidental coyuntura (52); la recepción de su Obra por parte de la crítica literaria (51); el oxímoron con el *realismo* (36, 44); el desgraciado pronóstico en relación a la cultura en general y a su Literatura en particular (Cf., 57, 59), logran comunicar el *tema* de este libro. Más aún cuando se nos dice que Nostradamus publica “dos o tres” profecías por año” (18) y que “los almanaques anuales de Nostradamus eran delgados” (39).

¿Cuál es el tema de este libro? El tema es César Aira leyendo la trayectoria literaria de César Aira y preguntándose si es o no es el momento adecuado para retirarse a los cuarteles de invierno (45), haciendo explícita la lógica preocupación ante los estragos de la vejez (25). Simbólicamente, las dos esposas de Nostradamus, la viva y la muerta, bien podrían señalar -aunque de una forma bastante elusiva- a la juventud de ayer y a la ancianidad que hoy comienza a aventurarse (Cf., 21; 26; la metáfora del brujo jorobado en la página 37 resulta muy gráfica, así como también la mención al tiempo escaso en la página 41). O, quizás, el acertijo es mucho más simple: las dos esposas de todo artista son una disyuntiva entre el olvido y la inmortalidad, independientemente de que Anne y Henriette hayan en verdad existido y formen parte de las biografías autorizadas de Michel de Nôtre-Dame. ¿En qué consiste la principal digresión disimulada entre decenas de razonamientos paradójales? En que Nostradamus “quería ser joven” (41; *la diosa del amor* en página 48-50). No han sido pocas las ocasiones en las que Aira ha dicho que únicamente la juventud es capaz de descubrir lo nuevo.

Dueño de una destreza única, César Aira nos ofrece un libro de factura oceánica, melódica, de frases límpidas que jamás acaban por revelar del todo el nudo de la intriga, a la vez que no descuida la utilización incomparable de una escéptica ironía (Cf., 27, 57, 59), en conjunción con esa forma de elegancia al escribir (también presente en su manera de hablar) que es su marca registrada (p. e. en página 40, cuando dice: “El libro tendía a ser un instante de revelación, tras el cual poder levantar la vista y vivir”).

En lo que atañe a la futuridad hay una fuerte conexión con la figura de escritor de Osvaldo Lamborghini, quien no solo fue un gran amigo de Aira, sino también su maestro en el arte de escribir. Posteriormente a su muerte, Aira se convirtió en su albacea literario. Sin el trabajo constante de César Aira, la obra de Osvaldo Lamborghini sería casi ignota. De ahí que la acción de escribir y la ulterior publicación conforman otro de los temas preferidos de Aira. Especialmente en los ensayos, artículos y prólogos se percibe una interrogación inacabada acerca de qué cosa es la Literatura, en qué consiste ser un escritor, qué lugar ocupa el mercado literario y qué relación

guarda con el arte de escribir. Aunque, ciertamente, estos temas también atraviesan de formas muy diversas gran parte de sus ficciones.

Gracias a la biografía excepcional que escribió Ricardo Strafacce sabemos que Osvaldo Lamborghini -al igual que el Nostradamus de Aira- se consideraba un escritor póstumo: “Escribo como si ya estuviera muerto y canonizado” (R. STRAFACCE, *Osvaldo Lamborghini, una biografía*, Mansalva, Bs. As., 2008, 483). De manera que el sujeto en cuestión ahora se disloca. Se menciona a un hijo de Nostradamus que se llamaba César (64, 65), “el joven amanuense” del hermético maestro viejo. Si bien Michel de Nôtre-Dame tuvo efectivamente un hijo de nombre César que hizo las veces de editor póstumo, continuador y biógrafo, Aira enfatiza su rol de aprendiz de escritor logrando de ese modo extremar la equivocidad del lenguaje. Desde esta perspectiva, solo revelada hacia el final, este libro podría ser una especie de apéndice -¿independizado?- de *El panadero*.

Cualquiera sea el caso, de lo que no cabe la menor duda es que César Aira sigue creando, aunque se proponga darle un mínimo lugar a la invención. Y continúa brindando Alta Literatura a sus lectores, aunque tenga cumplidos setenta y tres años; aunque el Tiempo sea, como lo es, “despótico” y “destructor” (Cf., 54). Él es el mejor escritor argentino con vida; el que, sin lugar a dudas, más futuro tiene. El Aira de Nostradamus bien podría llevar el nombre de Osvaldo Lamborghini. El libro que reseñamos de ningún modo es una lápida, no puede serlo, de hecho, no lo es. Está probado. Es, como siempre, *un nuevo comienzo*.